

TIPOS DE ARGENTINA



Una argelina de la región de Constanlina. (Fot. Conocido).



Una judía del gaucha argentino, ataviada para la fiesta.



Un maza argentino.



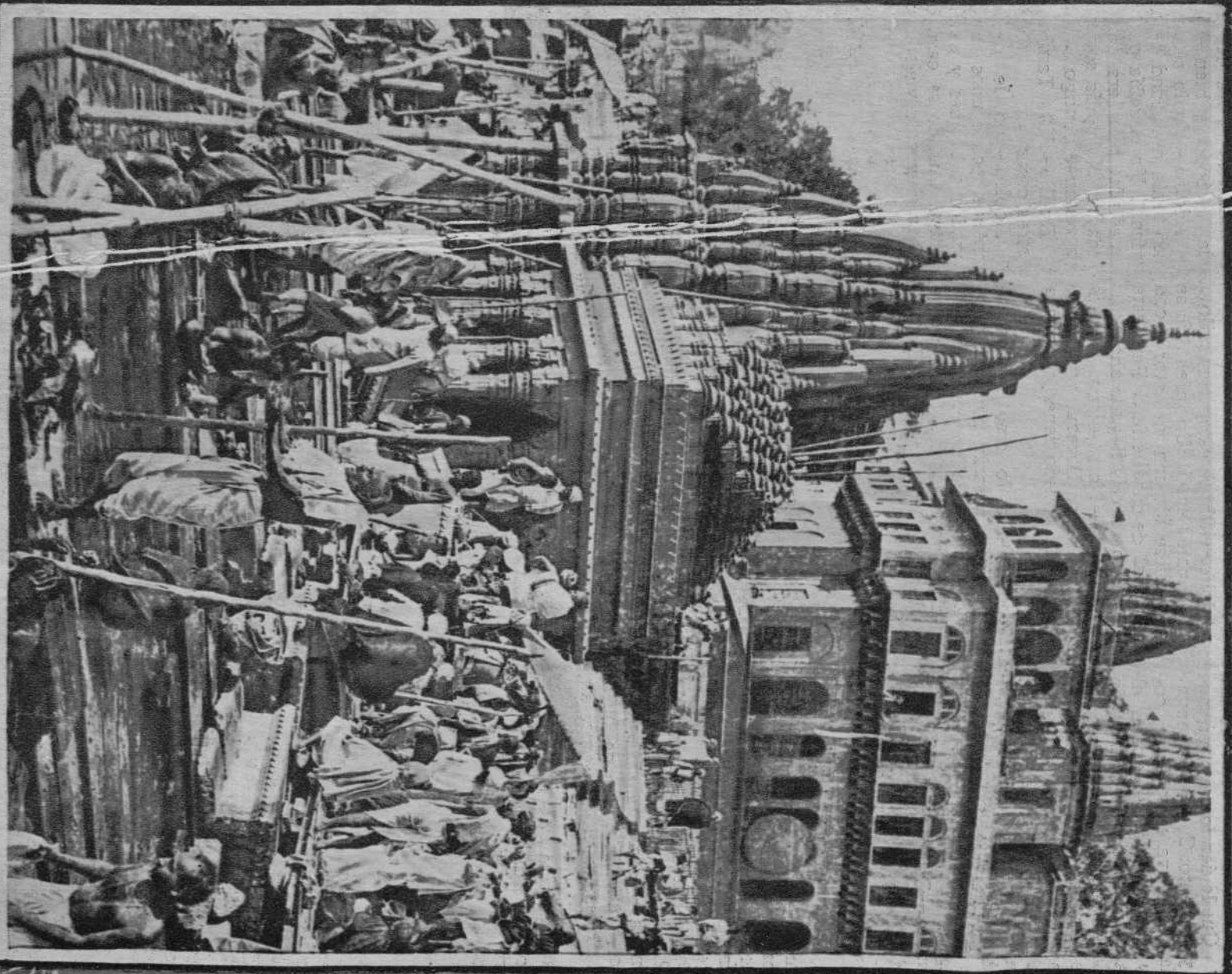
Mera traja de almaza y cochi, usada por un complice turco.

NUM. 88

PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE

El Día Gráfico

DIB. 18 1927



ANTE EL TEMPLO DE BENARÉS.—Peregrinos bañándose en el sacro Ganges, ante el templo de Benarés, uno de los santuarios más frecuentados de la India. (Fot. Keystone).

PAPALES VIEJOS

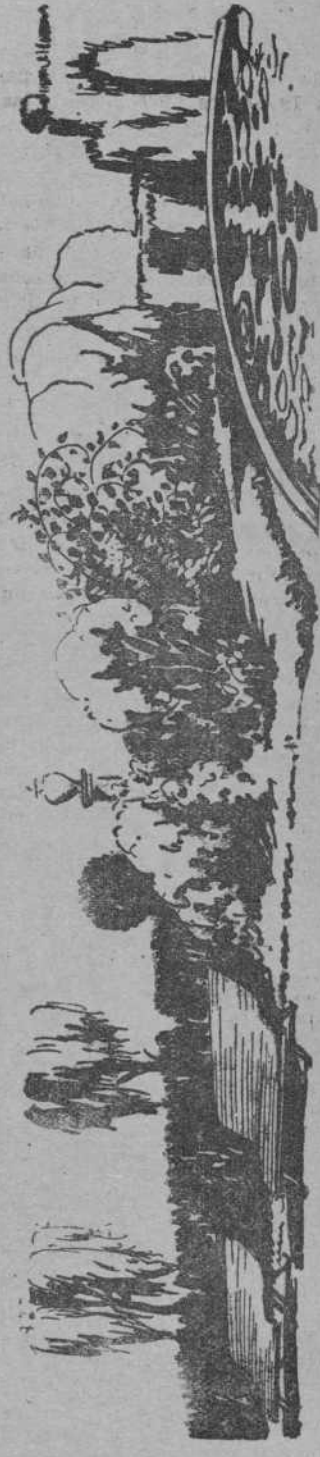
El Archivo del Colegio Notarial

apellido Lentsclá, de los siglos XV y XVI. El antiguo archivo que había estado instalado en un viejo convento de la Riera de San Juan, al trasladarlo al nuevo edificio del actual Colegio Notarial, que da nombre a la calle en que está situado, fué objeto de una general ordenación que fué continuada con el mayor celo por todos los que a su cargo lo tuvieron y que hoy asume el distinguido colegiado don Antonio Sasot, que ostenta el cargo de archivero de la Junta directiva del Colegio; mereciendo tal labor ordenadora calmosos elogios consignados en el Índice del Archivo, al realizarse en 1887 una visita oficial del director general de Registros, don Emilio Navarro y don Rafael de la Escosma, oficial de la Dirección.

Interesantes datos ha de contener forzosa-mente una tal cantidad de documentos; desde luego desde el punto de vista estrictamente jurídico, todo el primitivo derecho catalán tiene allí plasmadas sus más variadas manifestaciones; pero hasta en otro orden de ideas y aún en el de simple curiosidad, contiene datos interesantes de costumbres de otras épocas, que a los hombres de hoy causa solaz el recordar.

De los siglos XV y XVI se conservan, según indicaciones, la escritura de rescisión de un contrato de venta de un negro, bajo el pretexto de que se orinaba en la cama; quizás más antiguo aún, es el ejemplar de Capítulos matrimoniales en que el futuro marido pacta el derecho de imponer a su esposa el cinturón de castidad, para el caso de tener aquél que ausentarse del domicilio conyugal; del siglo XVII fué hallada una pequeña nota refe-

J. M. PAGES GARCIA



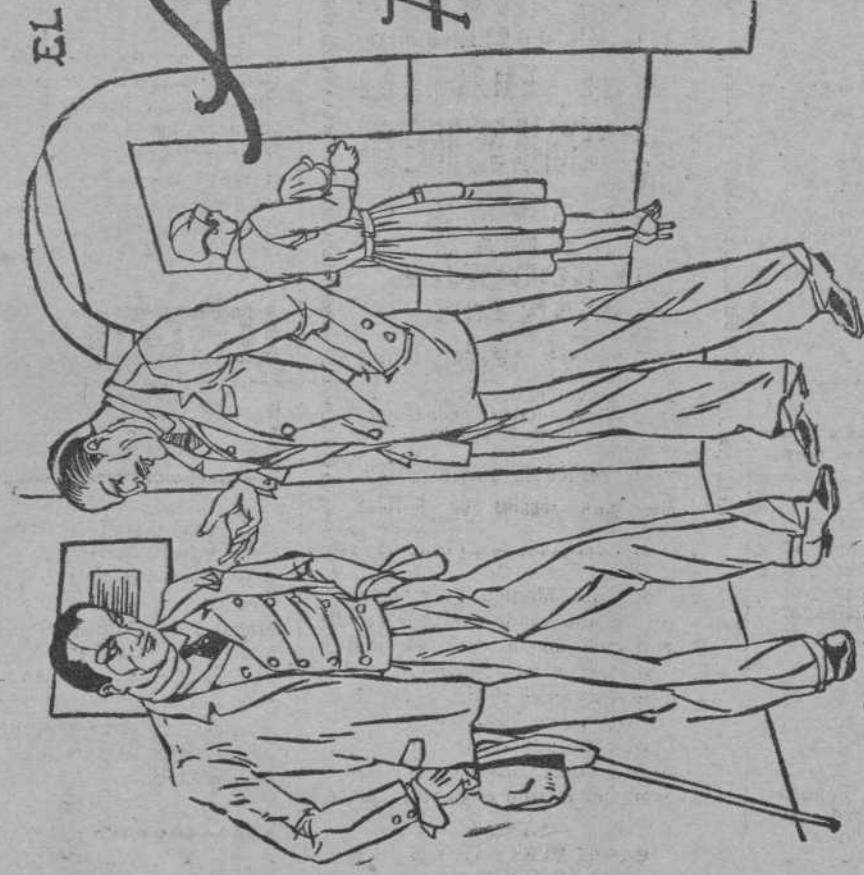
rente a la iglesia de los Angeles de esta ciudad, cual "portada de fora de fustes del monument y lo portal de la recambra fou pintada per Ubaldó Miverto per 75 lliures, moneda barcelonesa en 1610"; las actas del cobro del derecho de "lleuda" que se percibía y cobraba en los puertos de Barcelona y demás del Principado por la entrada del cacao, cueros de vaca, etc., dan idea de lo que fué aquella medida fiscal; las escrituras otorgadas por los Consules, Colegios y Gremios de las distintas profesiones, muestran las diversas facetas de la activa vida mercantil de Cataluña en los últimos siglos. Véase allí, la canción que los Consules, el contraste y el ayudante del Gremio de Plateros debían prestar, así como de la cuenta y razón que a fin de año debían dar de las cantidades que recibían; el juramento prestado por los prohombres y clavario del Gremio y Cofradía de velas de sobo, de haber sido examinado como maestro, un hijo del velero, y ser admitido con acuerdo de todo el Gremio, dándole facultad para vender y facultad par vender y fabricar velas; el acta de los obreros de Santa María concediendo culta para vender y fabricar velas; el acta sus descendents y de son llinatge y parentela a un particular, y un sin fin de datos que sería tarea larga recoger, que permanecen olvidados entre el polvo de los estantes. Datos fáciles por otra parte de encontrar, dado su gran número, como sucedió con toda la ordenación para el nombramiento de Notarios en el siglo XVIII y en el Colegio de Barcelona, que rescataremos en otro artículo.

EL CUENTO DEL DOMINGO

Ante la puerta

por:

HENRI DUVERNOIS



Un corredor en una clínica. Números sobre las puertas. En las paredes, dos grandes letreros: ¡SILENCIO!

Entra Adolfo Bureau. Lleva un paraguas y un ramo de flores. Da tres golpes tímidos a una puerta; insiste algo más fuerte. La puerta se abre. Sale una enfermera.

Enfermera.—¿Qué desea el señor?

Adolfo.—Es este el número diez y siete, ¿verdad, señora?

Enfermera.—Sí.

Adolfo.—¿La señora Bureau?

Enfermera.—Es aquí.

Adolfo.—Yo soy su marido: Adolfo Bureau.

Enfermera.—¡Ah!

La enfermera cierra la puerta que había quedado entreabierta.

Adolfo.—Si quiere usted cerciorarse, llevo documentos...

Enfermera.—No hace falta.

Adolfo.—Gracias, señora. La operación, ¿para qué hora está señalada?

Enfermera.—Para las diez y media.

Adolfo.—Son las diez y veinte minutos. Llego justo. Me ha avisado la señora Hochard, una amiga. A no ser ella no hubiera sabido nada. ¿Está usted al corriente de la situación?

Enfermera.—Algo.

Adolfo.—Es delicada...

Enfermera.—Ya tenemos la costumbre.

Adolfo.—Estamos separados desde hace seis meses, pero aún no estamos divorciados... Hubiera podido lavar-me las manos de todo esto... pero no me he sabido... He pensado que su suerte se decidía en estos momentos y est-me tenía inquieto. He cerrado la tienda y he venido en taxi... La casa es hermosa, muy limpia, e inspira confianza... Es increíble que pueda haber aún jardines hermosos en Neuilly. Uno cree hallarse... que sé yo... en Sena y Marne... Y ella, ¿cómo está en estos momentos?

Enfermera.—Está débil.

Adolfo.—¿Ha cambiado?

Enfermera.—Es muy bella, pero está pálida y delgada.

Adolfo.—¿Sí?

Enfermera.—Esto no tiene importancia. Ocho días de convalecencia y no se nota nada.

Adolfo.—Lo esencial es llegar a la convalecencia... Con franqueza, señora; tiene usted esperanzas, ¿no es cierto?

Enfermera.—Sí, claro...

Adolfo.—Hábleme sinceramente.

Enfermera.—Está en las mejores manos.

Adolfo.—¿Es cierto que el doctor Duterpe es un as?

Enfermera.—Ciertísimo.

Adolfo.—¿Qué edad tiene?

Enfermera.—Unos cuarenta y tres años.

Adolfo.—¡Perfectamente! Pregunto esto porque yo estoy por los médicos viejos y los cirujanos jóvenes... ¡Es una idea mala! Si no fuera abusar, ¿cuál es su impresión, señora?

Enfermera.—Pronto lo sabremos. Si la operación se verifica con éxito, la señora Bureau estará salvada definitivamente.

Adolfo.—Esto significa que en su caso no hay que temer derivaciones funestas, ¿verdad?

Enfermera.—Ninguna.

Adolfo.—Y la operación, ¿es peligrosa?

Enfermera.—No. Se practica con éxito noventa y ocho veces contra cien...

Adolfo.—¡Magnífico!

Enfermera.—Existe siempre una pequeña reserva...

Adolfo.—Si en este dos por ciento, sería demasiado hermoso.

Enfermera.—Evidentemente.

Adolfo.—Ella... ¿Está sola en estos momentos?

Enfermera.—Sola... Es decir, con el interno. Creo que no podré dejarle entrar.

Adolfo.—¡Si no se lo pido! Ella no me espera. Si me viese, acaso, la impresión la perjudicaría... Me quedaré aquí, junto a la puerta... Será algo así como si le cogiese la mano...

Enfermera.—¿Por qué no prefiere esperar en el salón? Estaría mejor. Hay revistas, periódicos ilustrados...

Adolfo.—¡Ya lo ve! Usted teme que nos encontremos. El otro va a llegar, ¿no? Por mi parte ya puede venir. No pienso moverme... He podido estar tan celoso. He podido sentir deseos de matarla, ¡pero hoy...! Ahora, no cuentan más que las tristezas del cuerpo... El resto, los placeres? ¡Pfui!

Enfermera.—Así, pues, ¿puedo decir a la señora Bureau que está usted aquí?

Adolfo.—No le diga nada... Anna una palabra, por favor... Había rogado a la señora Hochard que se encargase de esta comisión, pero se lo diré a usted... Cuide, señora, de que no le falte nada. Todo corre de mi cuenta... Que le den lo mejor en medicinas y alimento. Cuando la convalescencia, deme uva en todas las comidas y vino de Málaga, que es el que ella prefiere. Yo, ya cuidaré de que se lo lleven, así como ostras, de aquellas blancas de Marennes, que tanto le gustan... Es preciso que se reponga pronto. Le enviaré champagne del que ella bebió; me quedan aún cuatro botellas... ¿Qué quiere que haga de ellas? Es un vino ligero, el champagne.

Enfermera.—¿Claramente...?

Adolfo.—¿Podría hablar un momento con el doctor?

Enfermera.—Ahora no. Está en la sala de operaciones.

Adolfo.—Dígame que la curé bien. No repararé en el gasto. Y tampoco en las propinas: que se haga lo que debe hacerse, ¿comprende?

Enfermera.—Ya volveremos a hablar de esto.

Adolfo.—¿Quiere usted decirme su nombre?

Enfermera.—Julia.

Adolfo.—¡Julia! Esto es de buen agüero... Nosotros nos casamos en julio.

Enfermera.—¿De veras?

Adolfo.—En San Fernando. ¡Hacia un calor! ¡Si hubiese visto a Magdalena aquel día!... ¡Estaba resplandeciente!... Yo representaba alguna cosa para ella... Un comerciante estaba borracho, calcula. ¡Qué hermosa estaba, señora Julia! ¡Qué hermosa estaba! Delgada, eso sí, un poco frágil... pero yo la cuidaba. A mi lado nunca estuvo enferma, nunca. En ocho años sólo tres veces ha venido el médico a casa, y las tres veces fué por mí: la gripe, y un día que me cepillaba el caballo, distraídamente, un pelo del cepillo me entró en un ojo... Es para decirle...

Enfermera.—En efecto... Pero yo me veo obligada a dejarle.

Adolfo.—¡Vaya, vaya!... Tome este ramo... No sabrá que viene de mi parte. Son caveles. Yo prefiero las violetas... Y después, antes de que se la lleven a la sala de operaciones, dele un beso. Casi será de mi parte... Ya he terminado... La he molestado un rato... ¡Debe usted ver tantas cosas!

Enfermera.—Sí, pero en mi oficio se ve tanta gente digna como en los otros... Adios, señor Bureau.

Adolfo.—Se la confió, señora Julia.

es amigo íntimo de la señora Bureau.

Emilio.—Señora...

Enfermera.—Señor...

Adolfo.—(Volviéndose) ¡Ah! Hélo aquí.

Enfermera.—¡Calm, señor Bureau!

Adolfo.—¡Oh! Si estoy tranquilo... ¡Fíjese usted en él! ¡Un infeliz! Si se me hubiese ido con un actor o con un oficial de caballería... Pero este insignificantemente, ¡ha llegado ahora!

Enfermera.—No, estaba en el cuarto... Señor Bureau, tengo que marcharme, ¿puedo tener confianza en usted?

Adolfo.—¡Ya lo creo! Esté tranquila... ¡La pasarán por aquí para llevarla a la sala de operaciones!

Enfermera.—No; hay una puerta en el cuarto que da al pasillo del ascensor.

Adolfo.—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

Enfermera.—Unos doce minutos. Adolfo.—Cuando haya terminado vendrá usted a avisarme enseguida, pero enseguida, ¿no es cierto?

Enfermera.—Se lo prometo.

Adolfo.—¡Sea lo que Dios quiera, señora Julia!

Enfermera.—Esto es, señor Bureau.

La enfermera entra en el cuarto. Adolfo pasea, nerviosamente, por la habitación. Se aproxima algunas veces a Emilio, que le dirige una mirada suplicante.

Adolfo.—Ya puedes acercarte, ya, que no te comeré...

Emilio.—¡Gracias, Adolfo!

Adolfo.—¡Viene a verla.

Emilio.—¿Y sabe que ahora?...

Adolfo.—¿Cómo lo ha tomado?

Emilio.—¡ES valiente hasta un grado increíble!

Adolfo.—¿Y qué dice?

Adolfo reanuda su paseo a lo largo de la habitación.

Emilio.—¡Esto va a durar mucho!

Adolfo.—¿No te has informado?

Emilio.—No me he atrevido!

Adolfo.—¡Unos doce minutos!...

Emilio.—Ahora deben anestesiarse la... ¿Soporta bien el cloroformo?

Adolfo.—No lo sé; en mi tiempo no tenía necesidad de estar porquerías... Yo la refina cuando sala de masado, pues era frágil como su madre. No podía sospechar que iba a reunirse contigo...

Emilio.—¡Oh! También salta para otras cosas...

Adolfo.—Yo le decía: «Cuando menos, ponte unos zapatos bien forrados o botines y medias bien recias». Cuando se casó conmigo, pesaba cincuenta y siete kilos; quince días antes... bueno, de lo que pasó, la hice pesar en una farmacia; pesaba sesenta y un kilo y medio... Es decir que, yo, nada tengo que reprocharme.

Emilio.—Ya lo sé, Adolfo, y te agradezco que me hables como lo haces, sin cólera y sin rencor.

Adolfo.—Cuando le sorprendí escribiéndote y cuando ella me dijo: «¡Ya no puedo más, es a Emilio a quien amo!», era de noche y hacía frío; yo la dije: «¡Llorarme, te irás mañana! ¡Por qué quieres irte esta noche! ¡Con un tiempo semejante! ¡Sé razonable!». Ella iba sin nada en la cabeza y le dije: «¡Abrigate; esto es insensato!». Hubiera podido echarle una maldición y le eché un chal al cuello... Me abandonó de muy mala manera; pues bien, aún siento remordimiento al pensar que ella corría por la calle mientras que yo permanecía cerca del fuego de la estufa.

Emilio.—¡Eres bueno!

Adolfo.—Te digo esto para explicarte que a esta mujer yo la consideraba como una muchacha, ¿comprendes? Y no es otra cosa que una pobre muchacha... Por esto estoy yo aquí en estos momentos. Por que haber sufrido tanto a una muchacha, a pesar de todo siempre tiene algo de injusto, ¿me entiendes? Y ahora que está contigo, tú debes protegerla, cuidarla, mimarla y curarla, ¿comprendes?

Emilio.—Sí, sí. ¿Cuántos minutos han pasado?

Adolfo.—(mirando al reloj) Tres...

Emilio.—¿No llevas reloj?

Adolfo.—¡Ah! ¿Y tus negocios?

Emilio.—Voy defendiéndome.

Adolfo.—¿Y ella no carece de nada, al menos?

Emilio.—¡Oh! No...

Adolfo.—No te hablo de zapatos ¡Injuros ni de medias de seda.

Los últimos son los primeros

El año pasado se reunió un Congreso médico en Amsterdam, en el que se discutió el nacimiento de los hombres de genio, y resultó que raramente nacían de padres jóvenes. De setenta y cuatro hombres de genio, escritores, poetas, pintores, músicos, científicos, políticos, diez solamente eran primogénitos. La mayor parte eran los menores de sus hermanos.

El novelista Fenimore Cooper era el undécimo de doce hijos; Balzac, el último de tres; Napoleón, el octavo; Franklin, el último de diez y siete; el músico Weber, el noveno; Wagner, el séptimo; Mozart, el séptimo; Schuman, el quinto; Schubert, el décimo tercero y así sucesivamente.

Esta noticia causará un verdadero disgusto entre aquellos de vosotros que, según la tal estadística, habéis nacido los primeros de vuestros hermanos, pero se compensa suficientemente con la alegría que producirá entre los pequeños.

Además, para vuestra tranquilidad, os diré que eso no pasa de ser un trabajo de estadística más o menos curioso, pero sin trascendencia alguna. En confianza he de confesaros que yo soy el primero de todos mis hermanos y, no se lo digáis a ellos, pero creo que tengo más talento que ninguno y de llegar a ser un hombre de genio. Por lo menos ya existe una persona que lo cree así: ¡yo!

El vidrio

En nuestros días el vidrio no es considerado por nadie como artículo de gran valor, pero no ocurría lo mismo en la antigua Roma. El vidrio de fábrica romana se hallaba ya a un precio módico en Roma cuando Plinio escribía su Historia Natural; pero era poco transparable y estaba muy cargado de manchas verdes. El vidrio blanco imitando el cristal de roca, y el vidrio de diversos colores, venía de Egipto y costaba excesivamente caro. En Vopiscus se lee una carta del emperador Adriano al consul Serviano, su cuñado, dándole aviso de la remesa que le hacía de vasos de varios colores para beber. Le participaba que había recibido aquellos vasos del gran sacerdote de un templo famoso de Egipto, le invita a que se lo participe a su hermana, y le recomienda que no se sirva de ellos más que en los grandes festines. Sin duda era alguna cosa análoga a los vasos de Bohemia.

El mismo Vopiscus refiere que un oficial o empleado en la Corte de Zenobia había llevado el lujo a tan alto grado, que las paredes de su palacio estaban adornadas con hojas o láminas de cristal puestas en cuadros.

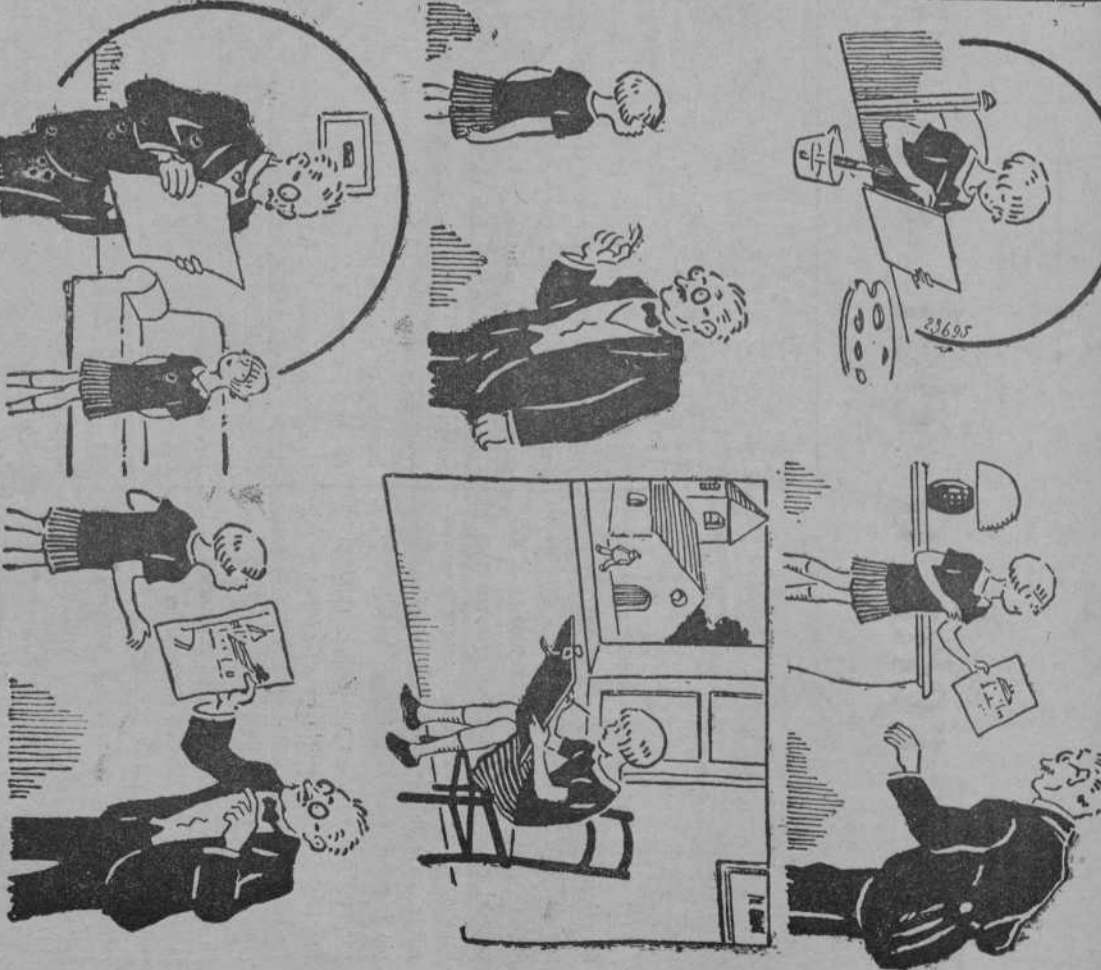
Los romanos más opulentos encontraban tan delicioso el beber en copas de vidrio, que las preferían a los vasos de oro y plata. Una tacha de vidrio con dos asas, que Nerón rompió en un momento de cólera, le había costado 600 esceteros. El vaso que Petronio hizo reducir a polvo antes de morir, para impedir que aquel Emperador se apoderase de él, era todavía de un precio todavía mucho mayor.

Las obras de vidrio más ordinarias que hacían en las fábricas romanas consistían en utensilios de mesa, es decir, en platos, jarras, botellas, tazas y vasos; sobre todo se hacían con el vidrio aquellas bellas botellas llamadas hircinarias en que tan gran número se encuentran en los sepulcros de los antiguos, y que en su preciosa substancia contenían algo más precioso todavía: las lagrimas derramadas por el dolor de los que las sobrevivían. Sólo que los pobres muertos eran con frecuencia burrados en cuanto a la calidad de las lagrimas.

El por qué de las cosas

¿POR QUÉ ALGUNOS ARBOLES DAN FLORES Y OTROS NO? Las flores de las diferentes especies de árboles son distintas las unas de las otras,

LA ACUARELA DE LUISITA



—Mira, Luisa: si me pintas la plaza del pueblo en día de fiesta, te hago un regalo.
—Al cabo de dos días.
—¿Y donde están los vecinos? La plaza está desierta.
—Están dentro de la iglesia, oyendo misa...
—Pasa mira: cuando salgan me arañas y te daré el regalo...

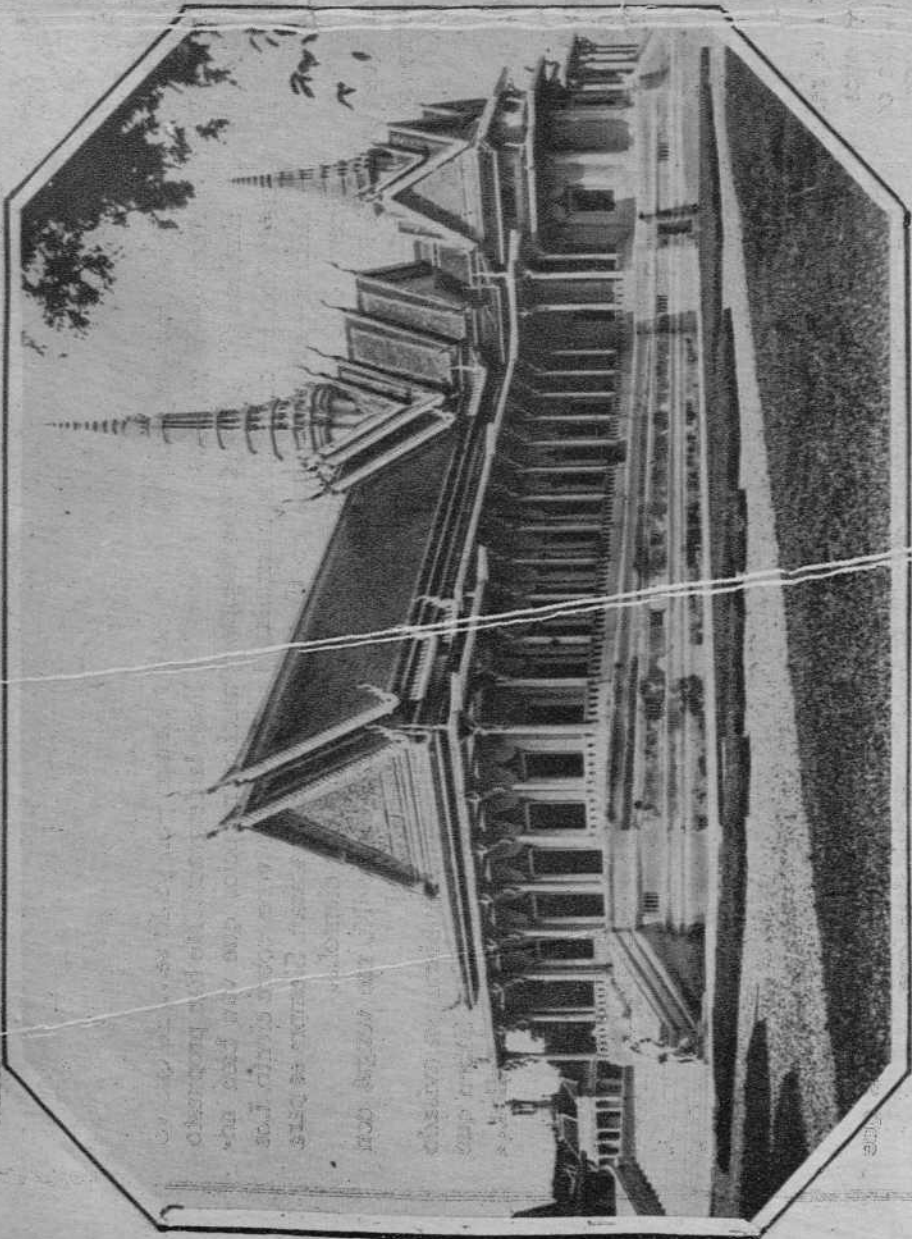
en cuanto a tamaño y aspecto, que si bien conocemos todos las flores del castaño, no hemos notado nunca las del roble. Sin embargo, si nos detenemos a pensar en las bellotas, fruto del roble, debemos suponer que una flor ha sido origen de ella.

La forma, el aspecto, de lo que llamamos vulgarmente una flor depende de una parte de la flor que se llama corola, formada por un cierto número de pétalos. Lo que nosotros vemos de una rosa son únicamente los pétalos; pero éstos no son la parte esencial de la flor; muchas flores están desprovistas de pétalos y pasan en consecuencia inadvertidas, principalmente cuando aquellas se encuentran en los grandes árboles y se hallan escondidas entre las ramas.

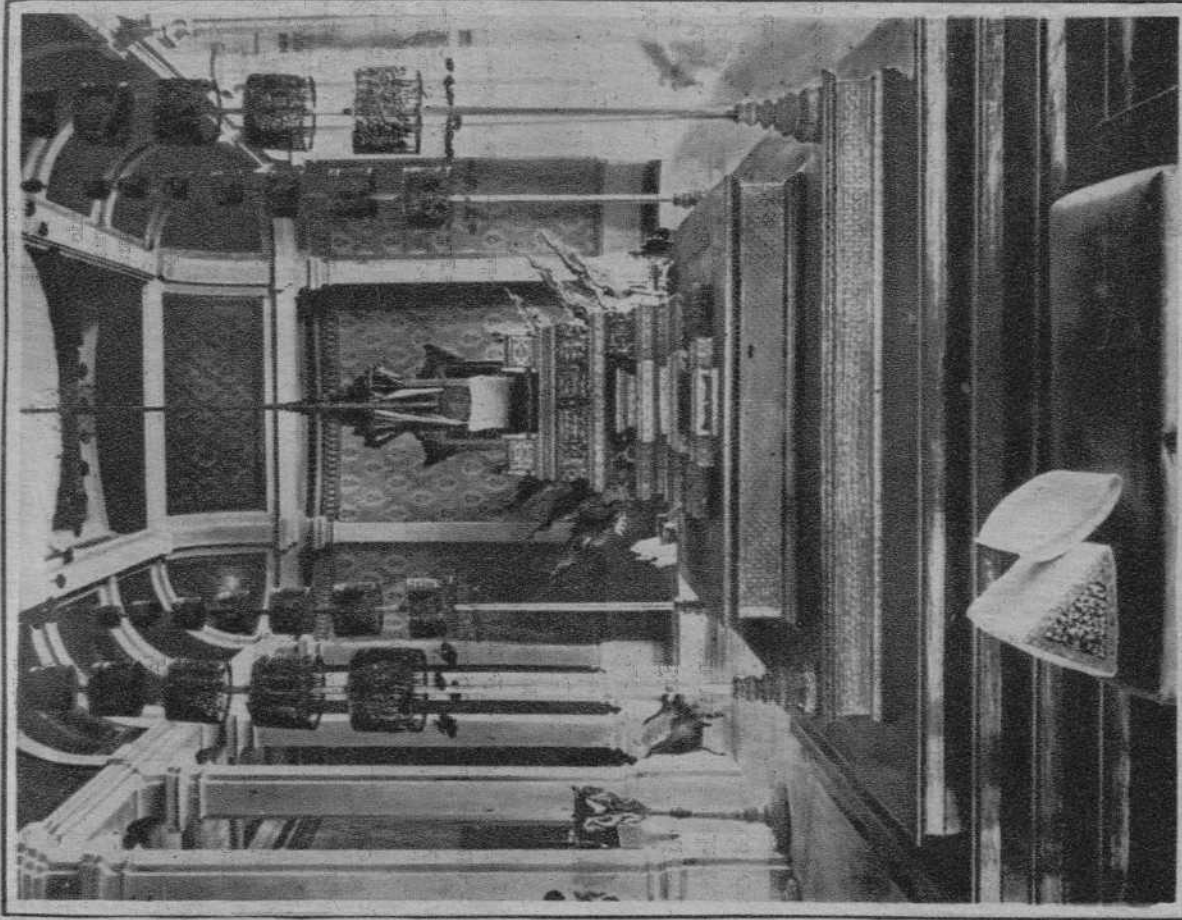
Todos los árboles sin excepción tienen flores. Un nuevo árbol no puede nacer sino de un grano formado por una flor. El reino vegetal se divide en dos grandes grupos: de un lado los vegetales que se reproducen por un grano formado por la flor, y del otro los que se reproducen por medio de diversos procedimientos. Las plantas de flor se caracterizan las más perfeccionadas y son las que aparecen más tarde en la superficie del globo. Las más admirables y extraordinarias de las plantas de flor son precisamente los árboles.

¿PUEDEN APARECER ENFERMEDADES HASTA AHORA DESCONOCIDAS? Es difícil responder exactamente a esta pregunta, porque sabemos muy poco sobre las enfermedades de que morían nuestros antecesores; pero cuanto más se aprende sobre esto, leyendo autores antiguos o por el estudio de esqueletos y momias, más nos convencemos de que nuestros antepasados sufrían de las mismas enfermedades que nosotros y otras más que nos son desconocidas. Nuestras grandes ciudades con su terrible amontonamiento humano se prestan ciertamente a la fácil propagación de las enfermedades, pero estos males no son nuevos. La sociedad crece enfermadas, pero nuestros antecesores eran mucho menos limpios que lo que somos nosotros. Ellos no tenían una reserva de agua pura como poseen nuestras grandes ciudades; bebían agua impura, no tenían canalizaciones sanitarias y vivían en medio de los olores más nauseabundos. Se ha podido comprobar que las enfermedades que consideramos actualmente más mortales, como la tuberculosis, eran terriblemente frecuentes hace dos o cinco mil años. Si ahora se crean enfermedades nuevas son únicamente afecciones del cerebro o del sistema nervioso a consecuencia del exceso que tantas personas imponen a su organismo. ¿PUEDE PRODUCIR MAREAS EL SOL? El Sol puede producir mareas del mismo modo que la Luna y por las mismas razones que ella, pero el poder de atracción disminuye rápidamente a medida que aumenta la distancia. De manera que aunque el Sol sea inmensamente más grande que la Luna, se encuentran tan lejos comparándolo con esta última, que su influencia sobre el Océano es relativamente débil. Esto no impide que se pueda comprobar su existencia.

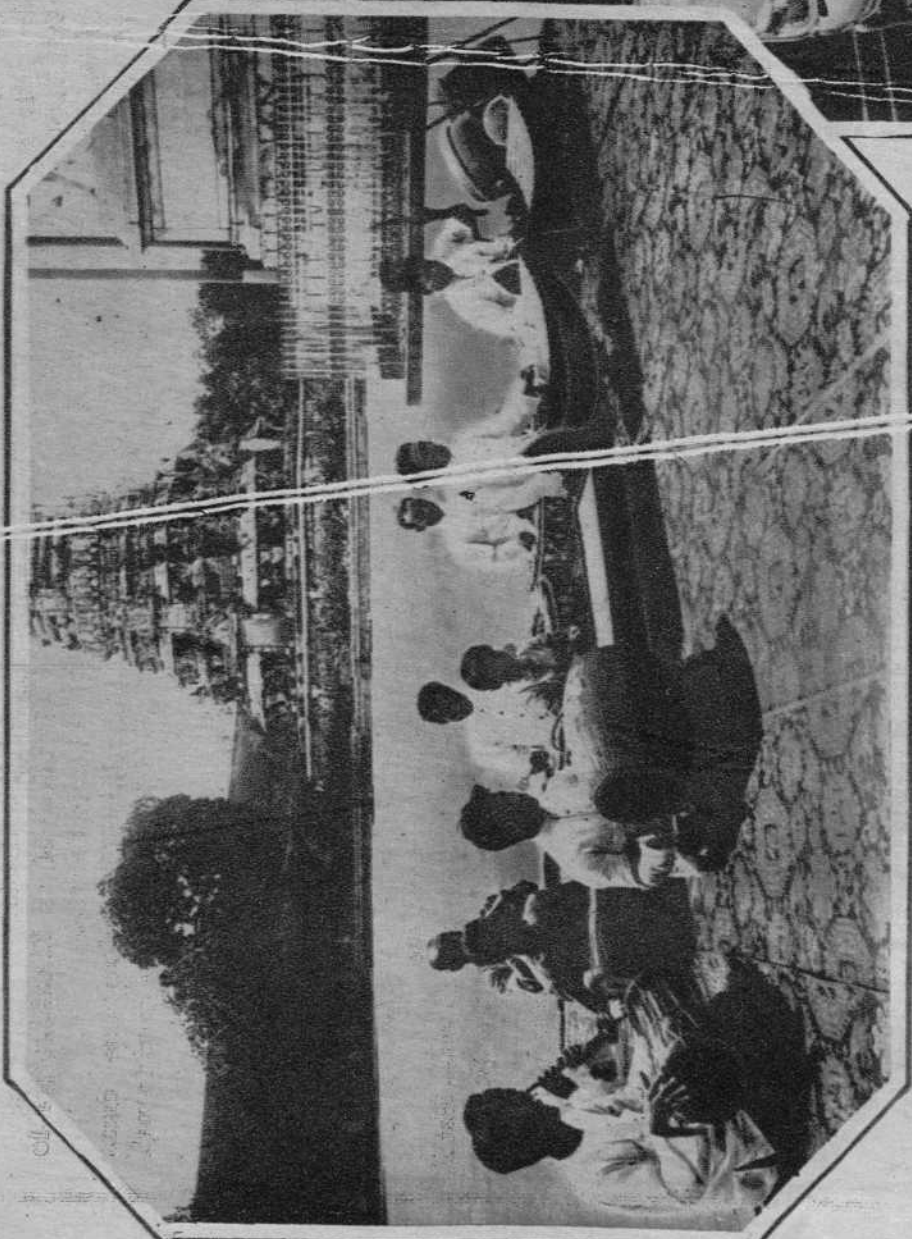
CAMBODGE. -- UN REINO ASIÁTICO BAJO EL PROTECTORADO DE FRANCIA



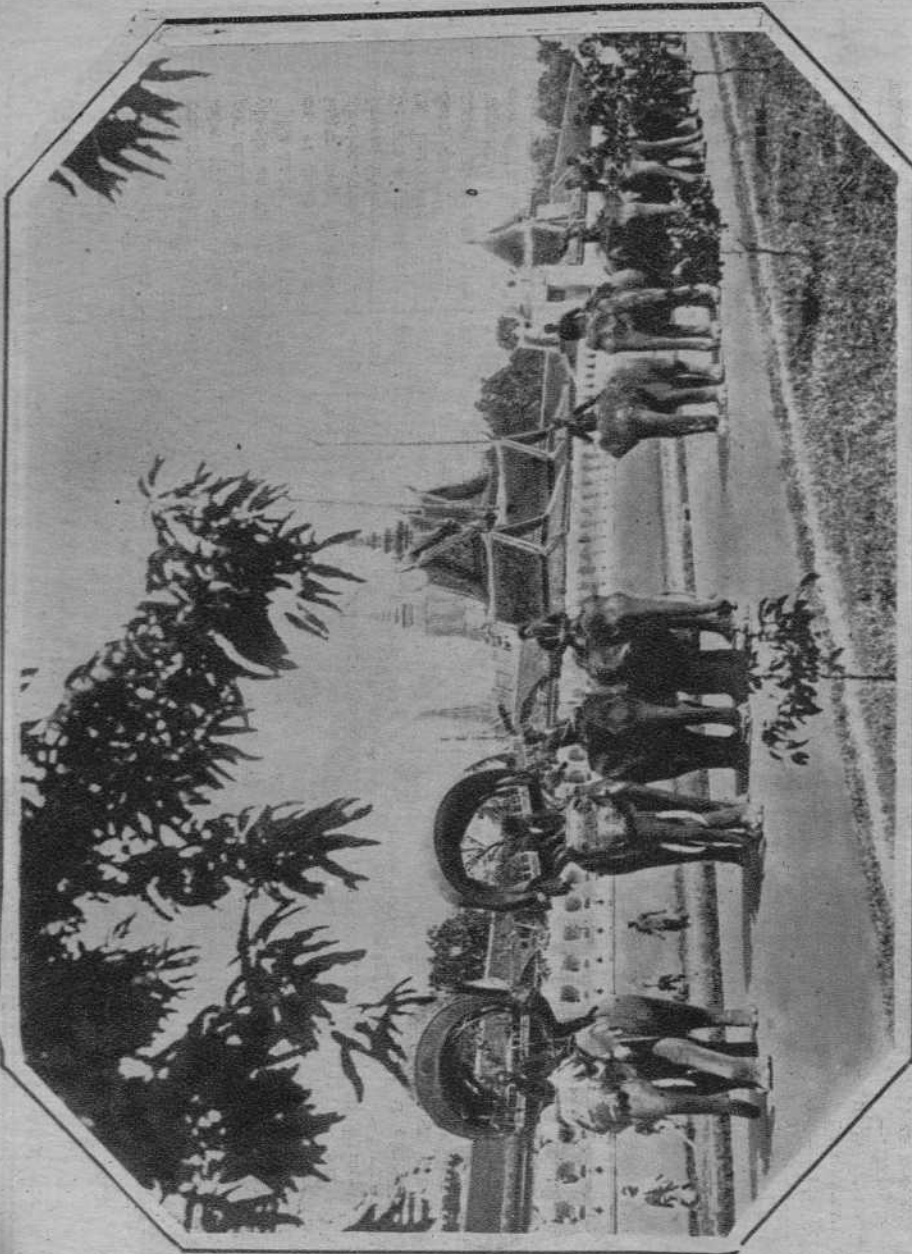
ASPECTO EXTERIOR DEL SALON DEL TRONO EN PHNOM PENH, CAPITAL DE CAMBODGE.



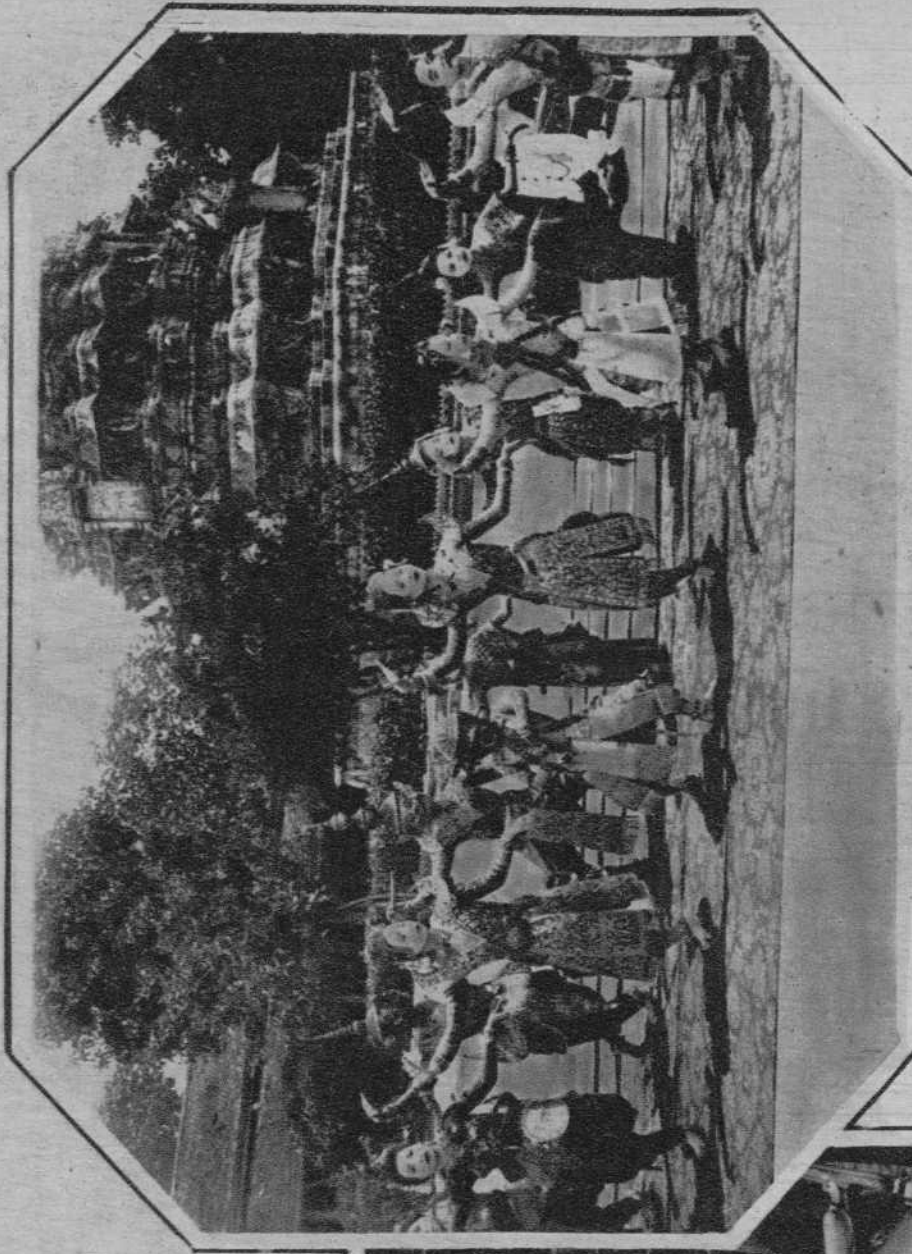
EL TRONO DEL REY, DE UNA RIQUEZA Y UN ESPLENDOR INCOMPARABLES.



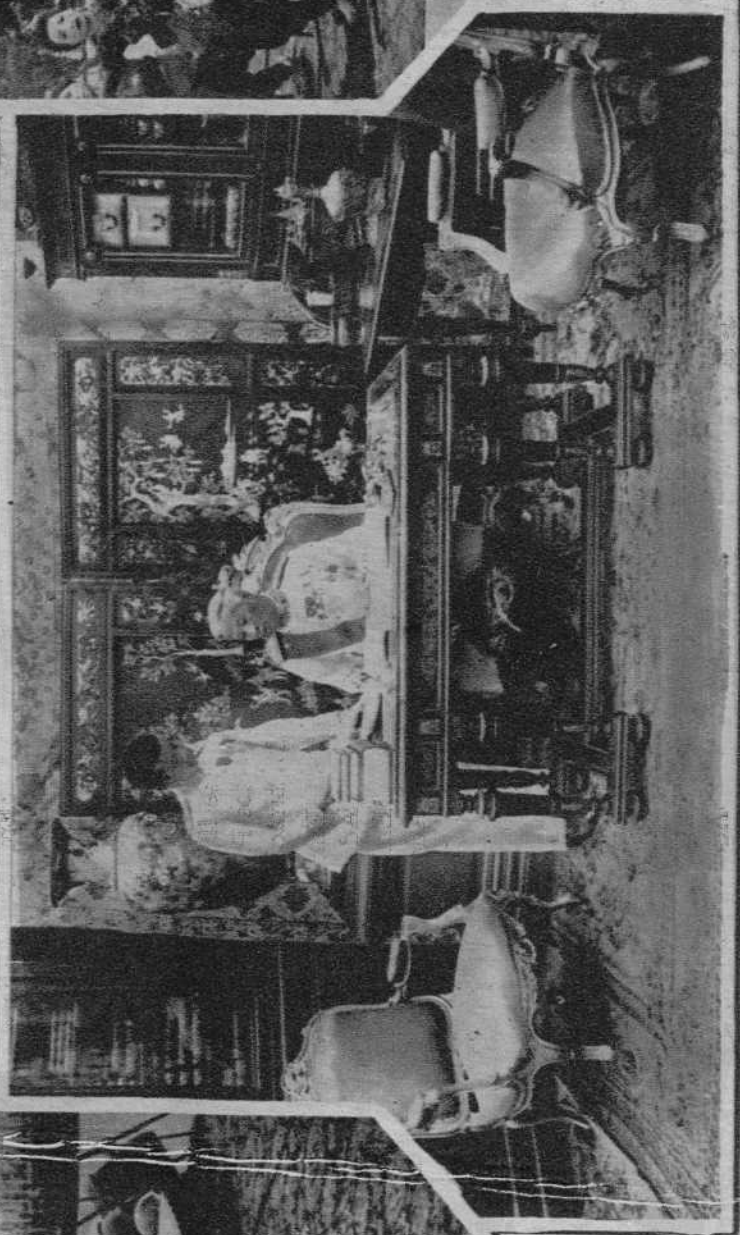
MUSICOS DE LA CORTE TOCANDO EN EL JARDIN DEL PALACIO DE CAMBODGE.



ELEFANTES DEL REY PASEANDO POR LOS ALREDEDORES DE PALACIO.



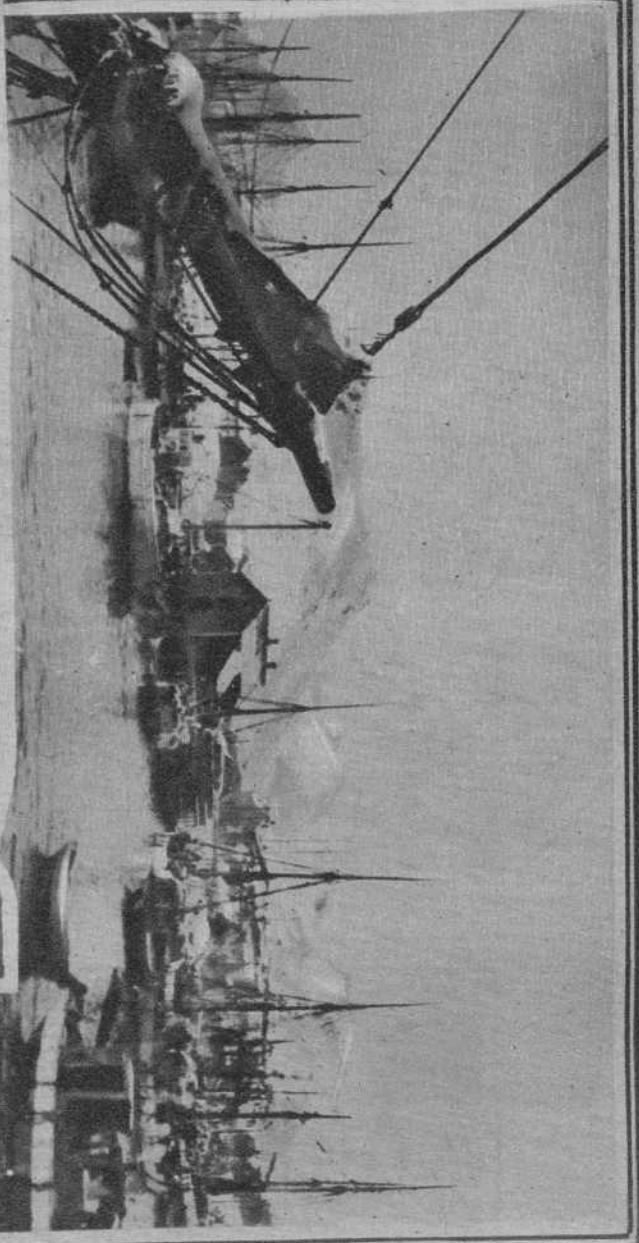
BAILARINAS DEL REY EJECUTANDO UNA DE SUS DANZAS EN LOS JARDINES DE PHNOM PENH.
(Fots. Koystono)



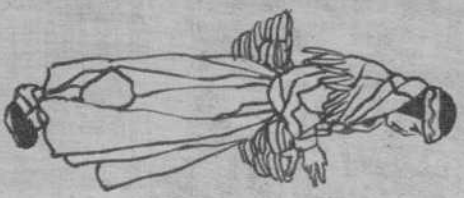
EL REY SISOWATH, QUE FALLECIO REGIEMENTENTE, DESPACHANDO CON SU SECRETARIO.

LAS TIERRAS
DEL SOL
A
MEDIANOCHE

El puerto de Svalvaer, en Laponia, que durante buena parte del año está bloqueado por los hielos.



Laponos con el traje del país, junto a un automóvil.

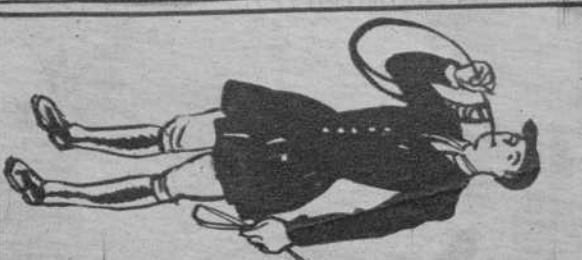


Mujeres lapones, tejiendo.
(Fots. Sheel).



UNA JORNADA
DE CAZA
ORGANIZADA
POR EL
«BERLINER
PORPORCE
JAGD-CLUB»

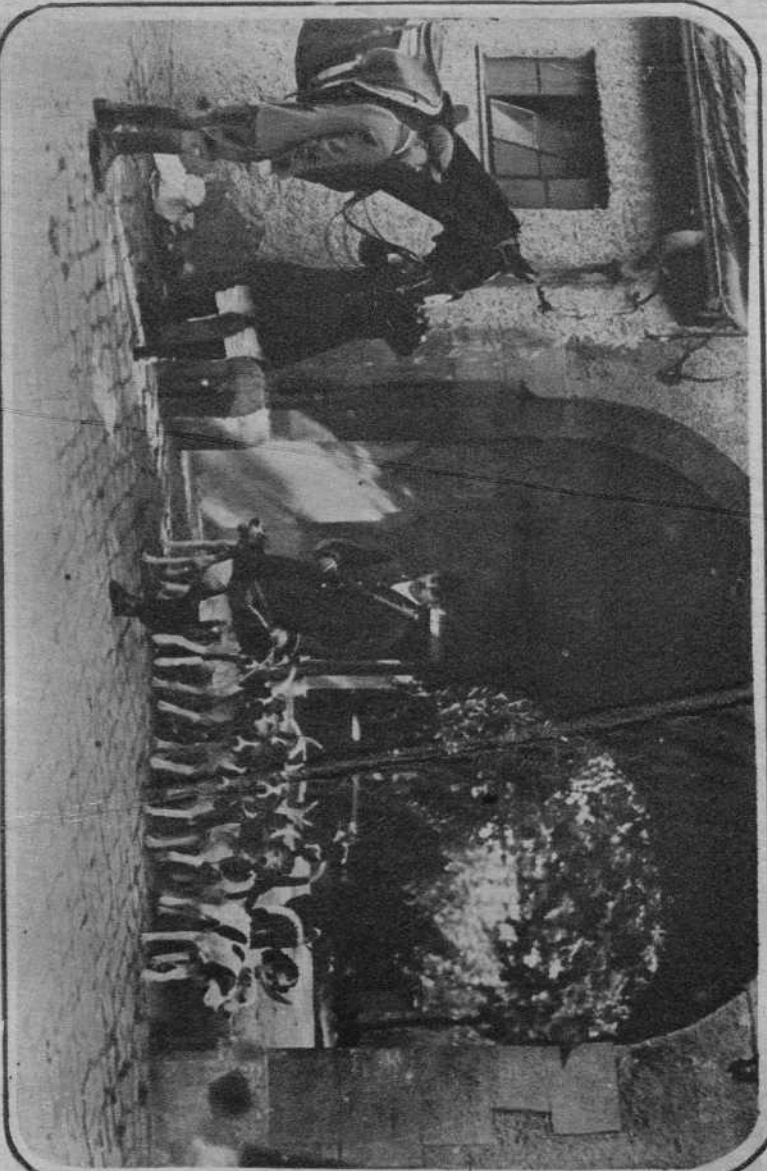
Antes de la salida: fincos y amazonas en el patio de una quinta.



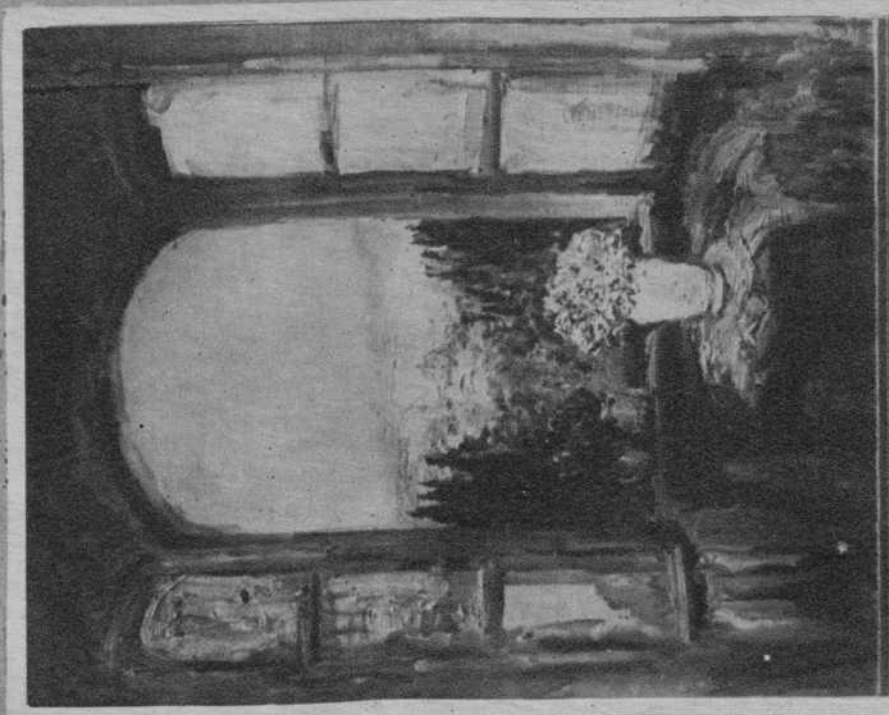
Sonando el cuerno de caza.



La
lauria impaciente.



ALGUNAS NOTAS DEL SALON DE OTONO, QUE ACABA DE CELEBRARSE EN PARIS



«La ventana», por Laprade.

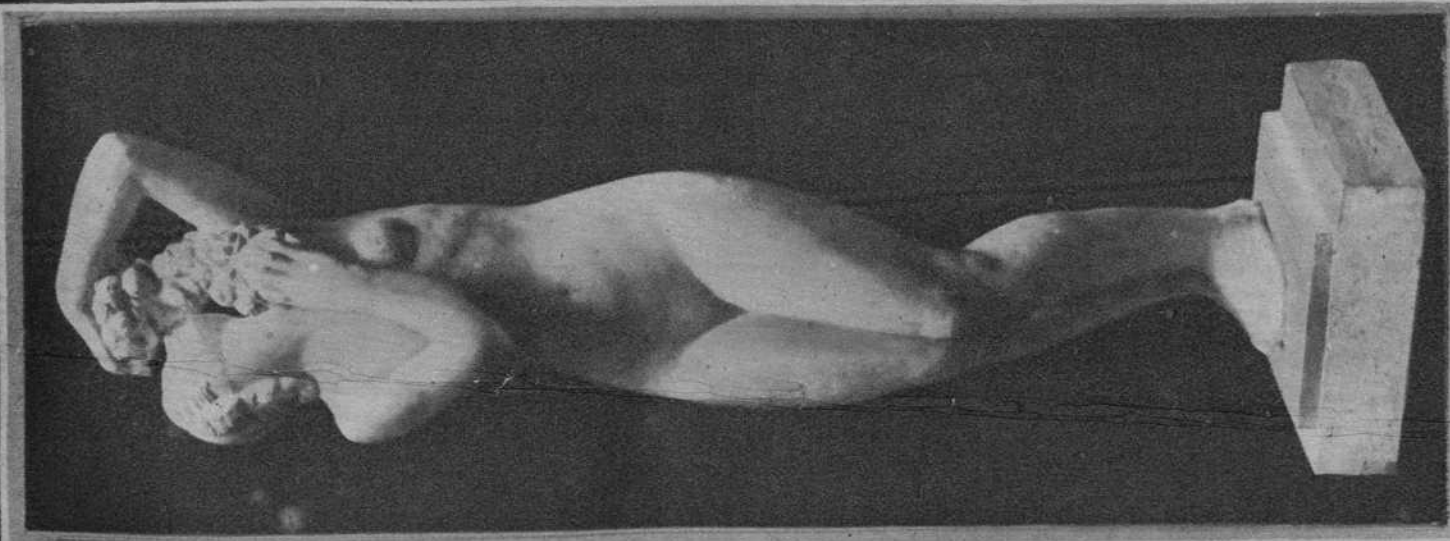


«Mi hijo», por Asselin



«El Circo», por Dufy

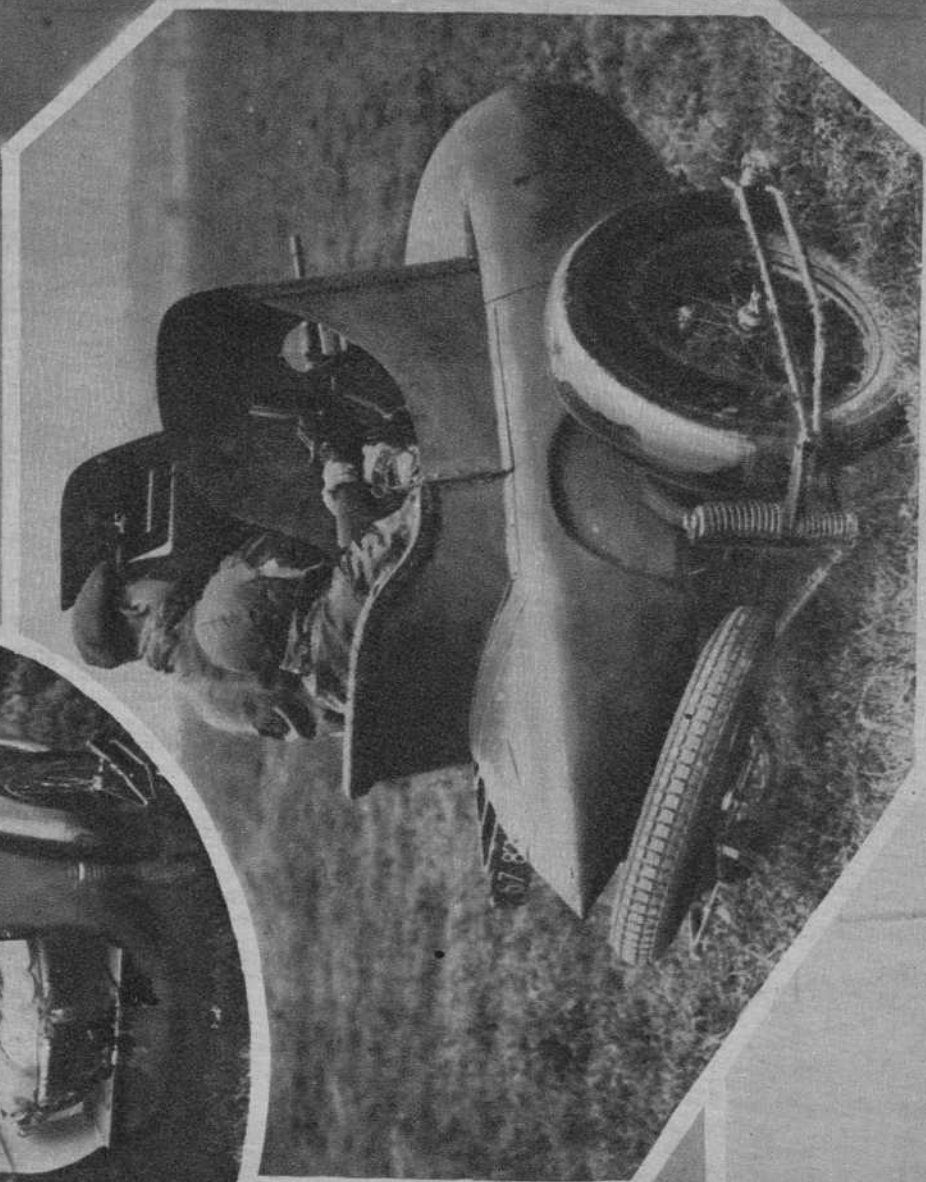
«Las rosas», escultura de Privat.



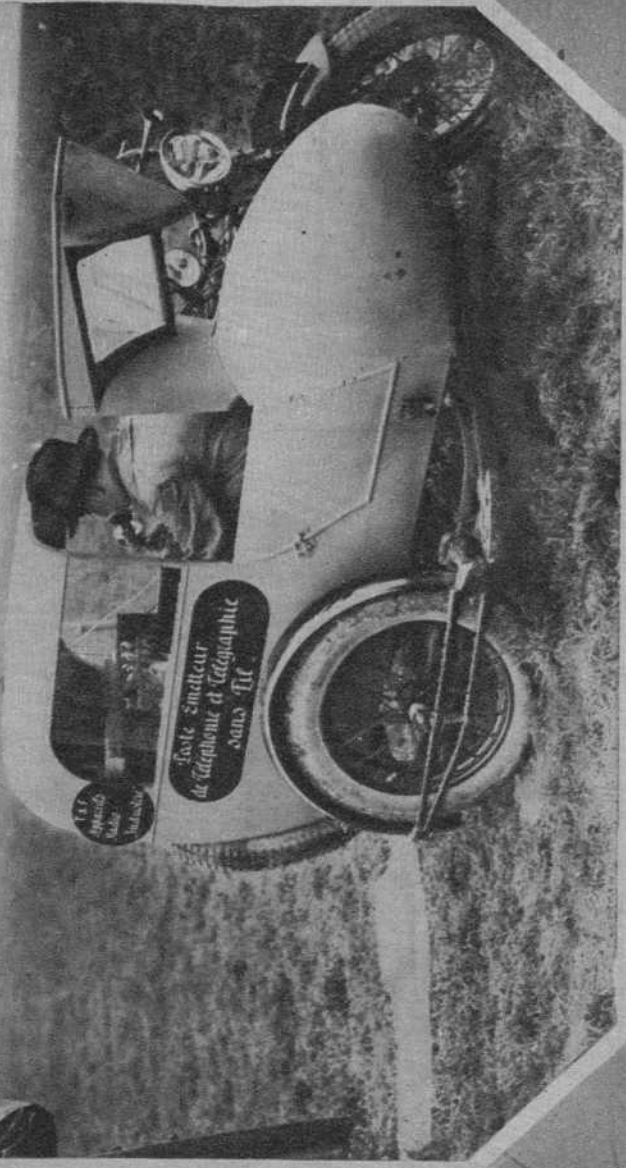
LA MOTOCICLETA APLICADA A LOS MENESTERES GUERREROS



UNA MOTOCICLETA AMBULANCIA PARA EL TRASPORTE DE HERIDOS (Fot. H. Mannel).



UNA MOTOCICLETA QUE SOPORTA UNA AMETRALADORA (Fot. Keystone).



UNA ESTACION DE TELEGRAFIA SIN HILOS INS TALADA EN UNA MOTO CON «SIDE-CAR».

PAGINAS INFANTILES

Los cinco criados del príncipe

Hace muchos, muchos años, vivía una Princesa de una belleza extraordinaria y tan atractivamente se hacía querer por todo el mundo. Pero a pesar del amor y de la admiración de que se hallaba rodeada, la joven Princesa estaba muy lejos de sentirse feliz, pues tenía por madre a la mujer más cruel, que se complacía en hacer desgraciado a todo el mundo. Es fácil comprender que con semejante Reina el palacio en que vivía no resultaba un lugar muy agradable y la joven deseaba arduamente que llegara el momento en que un joven príncipe se enamorara de ella y la llevara a un lugar donde pudiera vivir tranquila. Pero desgraciadamente a cualquier candidato que se presentaba, la Reina le imponía como precio para la mano de su hija cosas imposibles de realizar y le hacía comprender que si fracasaba en ellas corría riesgo de perder también su vida.

Un día la joven Princesa se paseaba por el bosque pensando que no había en el mundo un ser más desgraciado que ella, cuando vio pasar un hermoso joven. Él, al verla, pensó que nunca había imaginado belleza semejante y como era un príncipe muy poderoso se juró que se casaría con ella.

Al día siguiente se dirigió al palacio cuando encontró en el camino un bulto que creyó era un animal salvaje, pero al acercarse a él vio que se trataba de un hombre — el hombre más enorme que había visto jamás.

—¿Necesita usted un criado?—preguntó el monstruo levantándose.

—Aunque necesitara uno — respondió el príncipe — ¿qué haría yo con un hombre tan gordo como usted?

—¿Qué le importa mi físico?—dijo el hombre— si cumplo fielmente con mi obligación? La respuesta fue del agrado del príncipe, que lo tomó inmediatamente a su servicio.

A poca distancia de allí el príncipe encontró a un hombre acostado sobre el césped y le preguntó qué hacía, pues colocaba el oído contra el suelo, como si escuchara.

—Escucho — respondió el hombre. — De este modo oigo lo que pasa en el mundo entero.

—¿Sigue — dijo el príncipe. — Usted puede serme útil algún día.

— Los que más lejos encontraron dos pies a los que seguían dos piernas interminables; siguiendo el camino vieron que esas dos piernas estaban unidas a un cuerpo y por fin encontraron la cabeza.

—¿Dios mío! — exclamó el príncipe. — ¿Qué hombre extraordinario!

—¡Oh! — respondió el hombre. — Esto no es nada en comparación a lo que me puedo estirar cuando quiero. Puedo hacerme tres veces más alto que la montaña más elevada.

El hombre murmuró unas palabras y se achicó hasta adoptar una estatura regular.

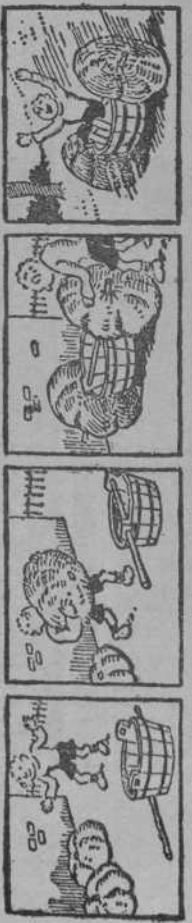
La extraña comitiva siguió su camino hasta encontrar un hombre que, sentado en pleno sol, tiraba como si tuviera fiebre.

—¿Está usted enfermo?—preguntó el príncipe bondadosamente.

—Seguramente tengo algo que anda mal— respondió el hombre — pues el sol me hace tirar, mientras el frío del invierno me sofoca en tal forma que a veces me parece que me voy a morir de calor.

—¿Qué cosa tan rara! — murmuró el príncipe.

EL INGENIO DE PEPITO



Como con las calabazas se resuelve el problema de la circulación...

— pero ya que parece no tener nada que hacer, sigamos. Lo tomo a mi servicio. Siguiendo su camino, el príncipe encontró a otro hombre que observaba atentamente el paisaje.

—¿Es usted pintor? — preguntó el príncipe.

—No, señor. Observo el mundo. Mi vista es tan penetrante que puedo ver lo que pasa en cualquier parte. Si usted necesita un criado toméme, puedo serle útil algún día.

—Tiene razón — dijo el príncipe, — sígame.

Cuando llegaron al palacio condujeron al príncipe delante de la Reina, a quien el joven pidió la mano de su encantadora hija.

—El que quiera casarse con ella — respondió la Reina — tiene que merecerla.

El príncipe, que esperaba esta respuesta, preguntó qué tenía que hacer.

—Tres cosas — respondió la Reina: — primero, traerme el anillo que he tirado en el Mar Rojo.

—Esto es muy fácil — murmuró el hombre que podía hacerse más alto que una montaña.

—Yo veo donde está — añadió el hombre que tenía la mirada penetrante.

Pocos minutos después el príncipe presentó a la Reina el anillo deseado. Esta dijo, ocultando la rabia que tenía:

—Ha triunfado en la primera prueba, pero la segunda no es tan fácil. Allí hay cien novillos gordos que usted tiene que comer antes de mediodía y en el sótano del palacio hay cien barriles de vino que tendrá que beber hasta la última gota.

—¿Puedo invitar a alguien? — Preguntó el príncipe.

—Sí — respondió la Reina, riendo, — puede invitar a una sola persona.

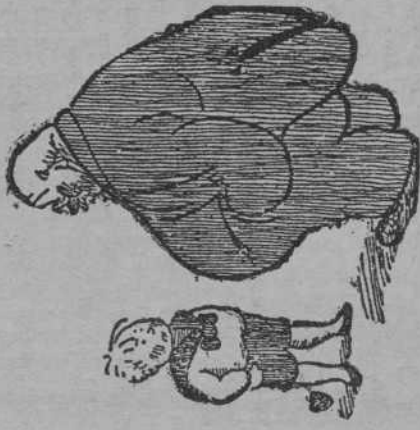
—Amo — dijo el hombre gordo, encantado de lo que sucedía— déjeme hacer...

A mediodía sólo quedaba de esa enormidad cien barriles vacíos y un montón de huesos.

—La tercera prueba será la más difícil — dijo la Reina encolerizada.—Esta tarde llevaré a mi hija a vuestro departamento y la dejaré allí; cuando vuelva a buscarla a media noche.

—Esto no me será nada difícil—pensó el príncipe.— Gracias a mis cinco criados, conseguiré fácilmente guardar a la Princesa.

La joven llegó realmente al atardecer; el príncipe la instaló en un sillón, cerca de una ventana, y la Reina se retiró. Cuando esta última cerró la puerta el joven golpeó las manos e inmediatamente los criados hicieron en silencio los preparativos de guardia: El gigante se hizo enorme y se acostó rodeando la casa,



¿Cuál es el muchacho más diestro de tu clase?

—¿Jens Kristian, que sabe mover las orejas.

—¿Han oído esto? — preguntó el príncipe. — ¿Quiere alguno de ustedes sacrificarse?

—Con mucho gusto — respondió el hombre helado muy resueltamente.

Trajeron la leña y encendieron la fogata y con gran estupefacción de todos, el hombre permaneció tres días enteros entre las llamas tiritando frío. Cuando la fogata se consumió el hombre saltó a tierra diciendo que nunca había tenido más frío en su vida.

La Princesa, encantada de ver que el joven había triunfado una vez más, tendió sus manos que él besó respetuosamente.

No teniendo más pretexto para retardar el casamiento, celebraron las bodas con grandes fiestas.

Luego, los novios se trasladaron al palacio donde vivían los padres del príncipe, quienes los recibieron con todo cariño. De más está decir que no olvidaron a los cinco criados, que tanto habían contribuido en su felicidad, llamándolos de riquezas y colmandolos de carritos,

Emilio.—¡Claro! No hay caso... Adolfo.—Me refiero a la buena carne y al buen vino...

Emilio.—Hago lo que puedo Adolfo.—Que no debe ser mucho... Emilio.—¡No mucho!...

Adolfo.—¿Pero cómo fué que vosotros...?

Emilio.—Una fatalidad. Adolfo.—Oye... ¡Acércate!...

Emilio.—Dí, Adolfo... Adolfo.—Hay una cosa que me preocupa... ¿Me la dirás o no me la dirás?

Emilio.—Te la diré. Adolfo.—¿Cómo supiste que ella te amaba?

Emilio.—Espera... la noche aquella que te entró un pelo del cepillo en el ojo, el oculista te había puesto una venda...

Adolfo.—Era natural. Emilio.—¿Y nos reíamos!

Adolfo.—Menos yo. Emilio.—Sí; tú también te reíste con un ojo vendado. A las once de la noche, después de jugar la cotidiana partida, me marché. Tú me dijiste: «Hoy no te acompaño, amigo!» Nunca había habido más camaradería entre nosotros tres. Magdalena vino conmigo hasta la puerta y me ayudó a ponerme el gabán... No sé cómo ocurrió lo que ocurrió... Te juro por lo que sea para mí más sagrado que no lo sé... ¿Tuve yo la culpa? ¿La tuvo ella? Ella me hizo cosquillas para reírse... y yo volví la cabeza... La fatalidad quiso que ella avanzase la suya...

Adolfo.—Y ya no os reísteis más... Emilio.—¿Quieres que lo comprendieras... Nuestras bocas se encontraron y la amistad se convirtió en amor, así, de golpe, sin que hubiéramos hecho nada para ello...

Adolfo.—Admitido... Y después se fué a vivir contigo, en la calle de los Panoyaux, en un piso de dos habitaciones.

Emilio.—Una de ellas obscura... Adolfo.—Y luego las privaciones... Emilio.—Casi. Ella quiso trabajar. Adolfo.—¿Ella?

Emilio.—Sí. Se puso a confeccionar bordados en papel para bolsas de confitería. Esto la fatigó. Adolfo.—¡Diablo! ¡Ah! Cada por calda, cayó de bien alto.

Emilio.—Yo se lo repetía a menudo: «No has tenido suerte, Mado». ¡Oh! ¡No creas que no me doy cuenta! Adolfo.—Y yo, que si hubiese si-

do amado, me parece que hubiera conquistado al mundo!

Emilio.—No soy inteligente... No, no, Adolfo... No soy inteligente: esto me excusa en un sentido... y también soy desgraciado.

Adolfo.—Y yo, pues. Emilio.—Sí; pero tú eres desgraciado con tu conciencia tranquila. Adolfo.—En suma, que no tienes dinero, ¿eh? Así, pues, ¿cómo piensas pagar?

Emilio.—He hecho unos arreglos... Adolfo.—Bien, bien, no te ocupes; yo me encargo de ello.

Emilio.—Eres muy bueno. Adolfo.—Ella lleva aún mi nombre. Una palabra tan sólo: se dice que cuando no hay heno en el comedero, los caballos se pelean. Tú antes vegetabas; después ha venido la quiebra. ¿La quieres aún?

Emilio.—Sí. Adolfo.—¿Ella? ¿Ella que se despertaba a las once de la mañana y que tomaba el chocolate en la cama, que era coqueta y caprichosa, con la existencia que tú le has hecho llevar, mírame a los ojos y dime... ¿Crees que te quiere aún?

Emilio.—(Bajando la cabeza) Sí. Adolfo.—¿Lo crees de veras?

Emilio.—¿Pudiera equivocarme. Adolfo.—No, no te equivocas. Esto es lo que se ve en las comedias y en las novelas... Emilio.—Pero ello no impide que cuando habla de ti, lo haga siempre con gran respeto.

Adolfo.—Es que Magdalena no es mala... Emilio.—Yo tampoco lo soy, Adolfo. Yo tampoco soy malo. Adolfo.—Es posible... Si la vida se te presenta muy dura, escríbeme unas letras... Yo te ayudaré y esto quedará entre nosotros.

Emilio.—¡Oh! ¡Ah! ¡Oh!

Emilio se echó al cuello de Adolfo.

Adolfo.—Bien, bien... Emilio (llorando).—Tú eres el mejor hombre de la tierra... y yo soy un miserable... Pero si ella se restablece te doy mi palabra de que te la dejaré... que partiré... que iré a morir por ahí.

Adolfo.—Cállate (mira su reloj). Once minutos y medio... Emilio.—No se oye nada... Adolfo.—¿Qué?

Emilio.—Tengo un triste presentimiento. Adolfo.—Una operación que va bien noventa y ocho veces sobre ciento. Emilio.—Sí, ya lo sé... Es que yo llevo la desgracia. Me han propuesto muchos negocios que van bien noventa y ocho veces sobre ciento. Los emprendo. Fracasen. Siempre es para mí el dos por ciento!...

Adolfo.—¡Oh! ¡No me vengas con tus ideas negras!

Emilio.—Nos hubieran ya avisado ei todo hubiera ido bien. Saben que estamos aquí, los dos, intranquilos... ¡Maddó, mi pequeña Maddó!

Adolfo.—¡Cállate, te digo!

Emilio.—¡Nos queríamos tanto...! Nos pesa de todo!... Perdóname... ¡Nos queríamos tanto!... Estoy seguro de que todo ha terminado, ¿oyes?... Que todo ha terminado.

Adolfo (sentándose).—¡Siéntate. Emilio.—Mi pobre Magdalena... Adolfo.—¡Calla!

Emilio.—¡No me faltaba más que esto!... no me abandones. Adolfo.—¡Ella y yo tenemos nuestro castigo!...

Adolfo.—¡Basta!

Emilio.—¡Sí, sí! El castigo por lo que hemos hecho... Adolfo.—¡No quiero que digas esto...! Yo nunca os he querido mal. Emilio.—Sí. Pero Dios es acaso menos indulgente que tú. Adolfo.—¡Oh!

Emilio.—¿Qué? Adolfo.—Me parece haber oído el ascensor. Emilio.—Sí. Adolfo.—Se detiene. Emilio.—Abren una puerta.— Esto me atormenta el corazón... No puedo más. Adolfo.—Ahora, también yo quisiera retardar Emilio.—Caminan por el cuaro. Adolfo.—Va a abrirse la puerta.

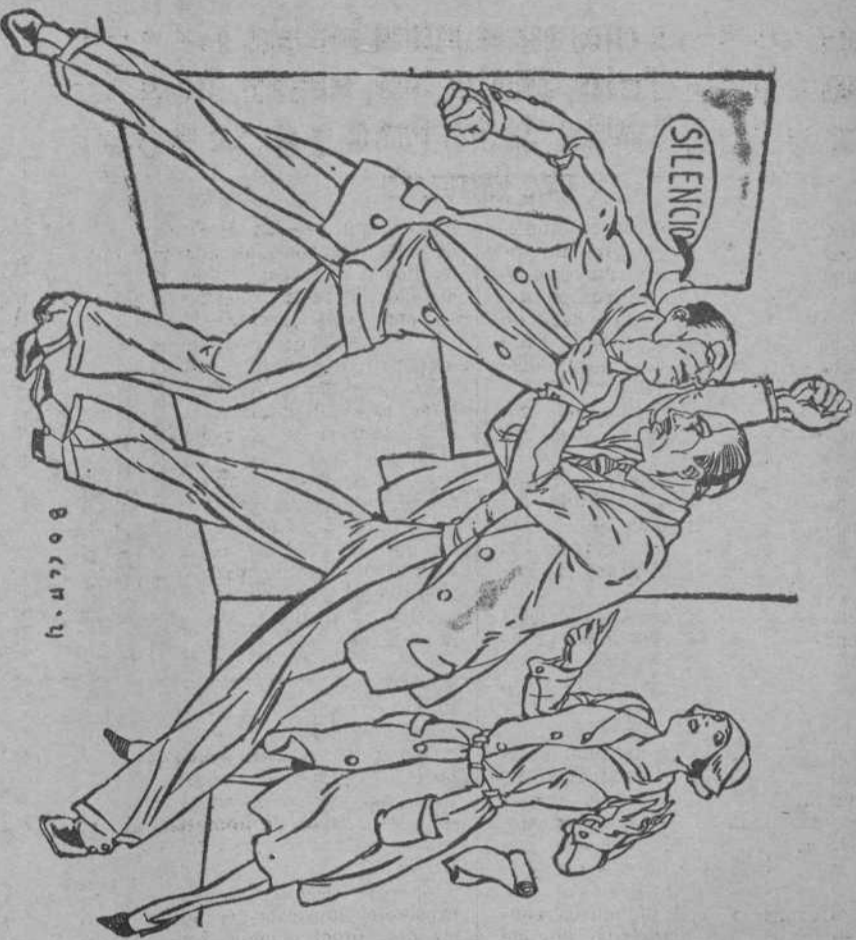
Emilio le coge la mano. Aparece la enfermera. Sonríe.

Adolfo.—¿Qué? Emilio.—¿Qué? Enfermera.—¿No están viendo mi sonrisa? ¡Se ha salvado!

Emilio.—¡Salvado!

Adolfo.—¡Oh!

Enfermera.—Lo contenta que es-



¡NO PASARASÍ!

Emilio.—No. Adolfo.—¿Quieres una bofetada? Emilio.—¡Tócame si te atreves! Adolfo.—¡Toma, cochino! (Le pega.) Enfermera.—¡Caballeros! ¡Caballeros! Emilio (Cogiendo a Adolfo por el cuello).—¡No pasarás! Adolfo.—¿Que no pasaré? Acaso me lo impedirás tú, mequetrefe. Se prodigan los puñetazos por ambas partes.

Emilio.—¡Magdalena! ¡Magdalena! Adolfo.—¡Toma, puerco, canalla! Emilio.—¡Magdalena! ¡Soy yo! ¡Es a mí a quien ella quiere ver! ¡Ella se ríe de ti, Magdalena!... Adolfo.—¡Calla, mendigo! Emilio.—¡Viejo idiota! Adolfo.—¡Miserable! Emilio.—¡Cornudo! Continúan pegándose, rodando por tierra, mientras cae el telón y la enfermera, asustada, señala con el índice, impotente, al letrero que dice: «¡Silencio!»

La diplomacia y el sueño de Raquel Meller

Era fatal que Raquel Meller fuera a Ginebra. Es una mujer internacional. Europa y América se han rendido a su encanto y Ginebra es un acumulador de valores internacionales.

Los graves diplomáticos que han pasado unos días en la ciudad suiza, desentrañando durante el día problemas intrincados, han asistido con las menos preocupaciones protocolarias posibles a las veladas nocturnas de la Alhambra. Una amable sesión que tiene el atractivo de las canciones de Raquel Meller, puede ser compensación tras el ejercicio de la actividad diplomática y la política de alto bordo en la que se cruzan múltiples serpentinatas y ha de dilatarse el gesto mañoso y la traza difícil. Las personalidades europeas han aplaudido a Raquel Meller con gesto cordial.

El representante belga, barón de Moncheur, es un caballero delegado y discreto. Instátase en un hotel ginebrino y se dedicó a despachar

informes dictando a la mecanógrafa desde las ocho de la mañana.

Pero en la habitación vecina, el tic-tac de la máquina de escribir alejaba el sueño de una calcaica encantadora que en vano pedía al sueño un descanso reparador. Era Raquel Meller.

La artista se desesperaba en vano. ¿No había medio dentro de las convenciones protocolarias para evitar el importuna tic-tac? De



LAS FERIAS DE NAVIDAD

Los niños siguen amando los "belenes" pero los padres no



Una mesa pequeña, pobre. La cubre una sábana limpia que luce unas iniciales horridas. Encima de la mesa, colocadas con el cuidado que emplearía el director de un museo, unas decenas de figuritas de barro, un montón de musgo y unas cuantas casas de cartón, de fantásticos estilos. Con estos artículos, una pobre mujer, ya entrada en años, piensa ganarse unas pesetas.

Pero, por desgracia, los compradores no abundan. Los conejitos uniformes, los cordones de patas de negro alambre, los blancos patos, las figuras deliciosamente absurdas, permanecen en sus puestos, en espera del reactivo pastor.

—Esto está cada día peor—nos dice la vendedora—. Antes, por lo visto, había más afición a los "pesebres". Por cada figura o cada casa que se vende ahora, hace unos años se vendían diez.

—Los tiempos cambian...—dijimos por decir algo.

—Es que los niños de ahora no son como los de antes. Es decir, los niños sí que lo son; los padres han cambiado. Mire usted: antes, venía un chiquillo con sus padres, y éstos a quienes el "pesebre" ilusionaba tanto o más que a los pequeños, veían, sin dolerles, cómo éstos cargaban con figuras a docenas. Luego, como si lo vieran, en su casa, les ayudaban a hacer el nacimiento, en el que no faltaban el portal con la Virgen y el Niño, y San José y el buey y la mula y los Reyes y el Angel y los pastores... No faltaban tampoco en los "pesebres" el reballo con el pastor y el perro; el molino, con su molinero blanco; el fío de "papel de plata"; un puente con un pastorcito; y una fuente y figuras en abundancia y casas y hasta un bosque. Los mayores eran



los que se "engresaban" comprando. Y si eran los abuelos, mucho más.

—¿Ahora no?

—No. Ahora parece que les sabe mal dar satisfacción al pequeño. Cada año se venden de menos. Añada usted a esto que también los

chicos van olvidando la tradición, ya por no cuidar sus padres de mantenerla, ya por tener, desde pequeños, otras "caboritas", y comprenderá usted la razón de nuestras quejas. Además, la competencia es grande, y la figura que antes hacíamos pagar a una peseta, ahora tenemos que venderla a poco más de la mitad.

—¿Fabrican ustedes mismos las figuras?

—¡Naturalmente! A ratos perdidos, en casa



—¿Respecto a casas, ¿cuáles se venden más?

—Las baratas. Hasta una peseta, van saliendo, pero éstas con terrado y azotea y varios pisos cuestan mucho de vender. Si no aumenta la afición a los "pesebres" esto va mal. Y si aumenta o no, esto aquí lo venios, por el número de figuras de la Virgen o de San José que se venden. El que no compra ésta el que ya tiene el pesebre del año pasado. Y cada año se venden menos.

—Dejamos a la vendedora ocupada en dar satisfacción a una docena de patos y gallinas, y abandonamos la feria, que nos recorda nuestros niños y nuestras ilusiones.

